

EL SINGULAR Y LO SINGULAR DE LOS APELLIDOS

REABRIR en Colombia la discusión acerca del plural de los apellidos puede parecer a muchos grave impertinencia, pues ello se debatió ampliamente a fines de la centuria anterior y quedó luego en pie de cosa juzgada por autoridades que harto bien sustentaron sus conceptos: Obdulio Palacio, profesor de latín en el Liceo Antioqueño, sostuvo la conveniencia del singular; Luis Eduardo Villegas, profesor de castellano, la casticidad del pluralismo; Rufino J. Cuervo, Marco Fidel Suárez y otros gramáticos ilustres apoyaron esta tesis con invencible demostración histórica. De ahí adelante consolidose la opinión, hoy día unánime, de que deben llevarlo cuando la pluralidad del sujeto así lo determine.

Sin embargo . . . el uso se rebela tan ahincadamente contra la inflexibilidad de dicha norma que algo debe de haber en el fondo, insoluble aún o no considerado con más generoso entendimiento: sin diputarme hábil para ser en batalla con mis maestros, de mí sé decir que hallo tantas excepciones a la precitada regla que ya me le quitan su categoría eminente y me la definen sólo general o conveniente apenas.

* * *

ETIMOLÓGICA y filosóficamente compulsados el nombre propio, o nombre de pila que dicen los cristianos, y el apellido o nombre propio de familia que hoy usamos en todos los pueblos cultos, no se diferencian: uno y otro fueron adjetivos substantivados, apodos en su origen o señales distintivas para el comercio social y la adecuada individuación de sus gentes.

Veamos una muestra:

Adán, terrifecto
 Abel, efímero
 Alberto, luciente
 Alejo, defensor
 Amalia, suave
 Andrés, varonil
 Aniceto, invencible
 Apolinar, destructor
 Arquímedes, previsor
 Asoka, sereno
 Atila, padrecito
 Baldomero, audaz
 Buda, sabio
 Cecilia, ceguezuela
 Cirilo, señor
 Claudio, cojo
 Confucio, maestro
 Dámaso, domador
 David, amado
 Eduardo, guardián
 Eleuterio, libertador
 Epifanio, resplandeciente
 Ernesto, serio
 Evaristo, atrayente
 Fernando, caminante
 Galeno, apacible
 Gedeón, desolado
 Guillermo, arrojado
 Gutierre, escanciador
 Higinio, saludable
 Hugo, inteligente
 Jorge, labriego
 Liborio, labrador
 Lutero, combatiente
 Macario, feliz
 Marta, hacendosa
 Medardo, honorable
 Nemesio, justiciero
 Néstor, ayunador
 Pablo, pequeño
 Platón, espaldado
 Rómulo, romano
 Salomón, pacífico
 Sócrates, vigoroso defensor
 Serafín, llameante
 Tadeo, sagaz
 Terencio, tierno
 Ulises, irritado
 Yahweh, eseyente
 Zenón, vivificador

Aarón, doctrinante
 Adel, noble
 Alfonso, pronto
 Alcibíades, fuerte
 Ambrosio, inmortal
 Ángel, mensajero
 Antonio, encomiable
 Aristides, el mejor
 Arturo, ilustre
 Atanasio, inmortal
 Augusto, acrecido
 Berta, brillante
 Carlos, esforzado
 Celso, elevado
 Ciro, pastor
 Cloro, pálido
 Calisto, hermosa
 Darío, refrenador
 Donald, soberbio
 Efraím, fructífero
 Emilio, émulo
 Erasmo, amable
 Eusebio, piadoso
 Federico, pacificador
 Fulgencio, refulgente
 Gaspar, tesorero
 Gregorio, vigilante
 Gustavo, huésped
 Hermes, astuto
 Hilario, alegre
 Ignacio, ardiente
 Julio, cresco
 Luis, baluarte
 Lloyd, gris
 Mahoma, laudable
 Mauricio, moro
 Melitón, meloso
 Nerón, vigoroso
 Olimpia, omniluciente
 Pericles, renombrado
 Roberto, glorioso
 Rufino, rojizo
 Sebastián, venerable
 Spencer, camarero
 Sotero, redentor
 Tomás, mellizo
 Tito, honrado
 Vicente, vencedor
 Zarathustra, estrella áurea
 Zeus, luminoso

A más de descubrirnos el origen calificativo o adjetival de los nombres propios de persona, la onomástica nos revela inequívocamente el carácter sui géneris de las naciones: los hebreos apelaron de preferencia a designaciones místicas, como Yahweh nos salva (Jesús o Yeshúa), fuerza de Dios (Ezequiel), regalo de Dios (Josías), Padre de las generaciones (Abraham), el Señor nos ayuda (Eliecer), llama de Dios (Uriel), Jehová es Dios (Elías), Dios pelea (Israel); los germanos, conforme vimos en la nómina anterior, preferían la evocación guerrera; los griegos, en cambio, Alejandro, v.gr., Aquiles, Aristocles, Basilio, Crisóstomo, Eudemo, Eucrates, Nicolás, Sófocles, Temístocles, Teócrito... lo que traduce: defensor de los hombres, refulgente, regio dominador, gloria de la sabiduría, juez de las divinidades... es decir: prestigio espiritual casi siempre. Apunto "casi", porque algunas veces destacaban también, como todas las naciones, defectos o cualidades físicas características: Edipo es "piehinchado" o "patihinchado"; Onfala, acaso simbólicamente, traduce ombligo, como quien dice Umbilica...

Los romanos gustaban del mote común: Agripa, Bruto, Cicerón; Cornelio, Casio, Craso, Fabio, Julio, Marcelo, Ovidio, Pompeyo, Porcus, Silvio, Tulio, o sea, el enfermizo, el torpe, el garbanzo, cuerno, pezuña, gordo, haba, crespo, martillo, puerco, silvestre... Los vascos, de su parte, se acogen a la toponimia: Arango o del valle, Aya o la pendiente, Aránzazu o el espinal, Bolívar o la ribera del molino, Bastera o el peñón, Echegaray o la casa alta, Echandía o la casa grande, Eguía o el collado, Goya, la altura, Olano, la ferrería, Iturbide, camino de la fuente, Uribe, pueblo de abajo, Zubieta, los puentes, Zubiría, puente de la ciudad, Zuleta y Zulueta, los hoyos...

Mas en llegando a nombres de mujer, todos los pueblos de la tierra, así los incultos como los refinados espiritualmente, coinciden en agraciarla con voces de primor o de dulzura: Agda, (o Agueda), la buena; Alicia, verdad; Ana, graciosa; Aspasia, bienvenida; Anastasia, enhiesta; Beatriz, bienaventurada; Dora, regalo; Catalina (o Catarina), pura; Celia, celeste; Diana, la que ilumina; Débora, abeja; Elena, antorcha; Eunice, victoriosa; Inés, casta; Iola, celaje vespertino; Leonor, compasiva; Ligia, diáfano acento; María, gallarda; Maya, ilusión; Narcisa, adormecedora; Olga, sublime; Roxana, refulgente; Ruth, tímida; Sibila, inspirada; Susana, lirio; Tamar, palmera; Venus, aveniente; Zoraya, constelación. Tal así en

todas las naciones del orbe: La taína Anacaona vale por "flor de oro"; la brasilense But-Diacuy, "flor de pradera"; la araucana Ray-Ray, "muchedumbre de flores"; en el Lejano Oriente, "flor de té", "flor de durazno" se repiten, o el encomio de virtudes morales, al modo de Mei-ling, "hermoso carácter"; Farida "La incomparable", nombre egipcio. Fuera de que en muchas ocasiones tienen la sonoridad de un arpegio: Berenice, Deyanira, Anadiomena...

Mas he ahí que en dado momento de las sociedades el desarrollo de la población hace insuficiente el mero prenombre y surge el apelativo familiar que confirme la identificación apetecida. Dicho proceso onomástico sigue espontáneamente la norma técnica de las clasificaciones que después inventaron las ciencias naturales, de las plantas, por ejemplo: El hombre de la lengua madre indoeuropea que bautizó a la rosa —prototipo de flores— no se detuvo en los matices de su corola ni en su perfume, celebérrimos adelante, sino en la flexibilidad de sus tallos arbustivos, y así la llamó Wrd, Vard en sánscrito, ródon en griego y rosa en latín cuando, probablemente en el etrusco, cambió la d. por s. Luégo ella dio su "rosado" a cuanto lo tiene de suyo, en expansión semántica indetenible, pues hora sabemos que nunca ocurren palabras solitarias sino familias de voces con todas o casi todas las tareas gramaticales de sustantivo, adjetivo, verbo, adverbio, etc., que el entendimiento humano requiere para el triunfo de sus funciones y ser lo que es en logos. Aquel "rosa" bastó mientras no surgieron las múltiples variedades que la taxonomía botánica ofrece hoy con calificación denotativa de su origen: Rosa blanda, rugosa, canina, índica, gálica, virginiana, chinensis, lútea, centifolia, damascena... hasta el concurso de doscientas cincuenta especies en que algunos calculan su prole.

A veces no alcanza dicha nomenclatura binaria a satisfacer las exigencias de la distinción individual, y tiene que añadir segundo apelativo: del trigo, por ejemplo, que deriva su nombre "triticum" de ser triturado, conocemos tantos —dúrum, satívum, híspidum, etc.— que para mayor claridad añadimos, verbigracia, triticum dicócum Leble... tal como diríamos: Adán, Adán Blanco, Adán Blanco y Rubio. Y aun así falla la cuenta, pues en creciendo las familias coinciden los nombres: A Rafael Uribe hubo que añadirle el apellido materno, así: Rafael Uribe Uribe, pero como ahora existen varios con esa duplicación antroponímica, ya tendremos que decir Rafael Uribe Uribe Toro, para distinguirlo de Ra-

fael Uribe Uribe Gaviria, por ejemplo, y quizás algún día Rafael Uribe Uribe Toro de Valparaíso... La literatura trae Luis Antonio Martínez Ramírez y Güerteros. Los franceses y las casas reales eluden la dificultad acumulando nombres de pila, a estilo de Abel Antonio Augusto Amadeo Aureliano María Duval, por así decirlo supositivamente, y del verdadero Eduardo Alberto Cristian Jorge Andrés Patricio David de Winsor, y aún más copioso en Bernardo Leopoldo Federico Abelardo Julio Kurt Carlos Godofredo Pedro de Lippe Bies-terfeld...

* * *

EVIDENCIA el remoto carácter adjetival de los apellidos el hecho de que se constituyen muy a menudo con nombres de persona, a saber, Antonio, Amadeo, Beltrán, Bernardo, Benito, César, Cipriano, Darío, Diego, Dionisio, Eloy, Eusebio, Esteban, Federico, Fabián, Felipe, Gil, Giraldo, Hilario, Julio, Juan, Justiniano, Lorenzo, Martín, Nolasco, Nuño, Pastor, Romeo, Roberto, Rosario, Santiago, Suero, Teodoro, Tirso, Urbano, Vicente, Uriel, Zacarías... o adjetivándolos doblemente en forma patronímica, como Rodríguez de Rodrigo, López de Lope, Fernández de Fernando, Sánchez, Sáenz, Sanz, Saz, Sáiz etc., de Sancho o Sanctus.

Esta derivación es fenómeno común a todas las lenguas indoeuropeas, pero de vario modo, muy ingenioso por cierto: El castellano buscó la desinencia genitiva del latín: Rodrigo, Roderici, Rodríguez, a la manera de los griegos, que a veces especificaban "Demosthenes Demosthenous", con adición del nombre tribal o gentilicio: "Demosthenes Demosthenous Paianieus"; los romanos asociaban la "gens": "Aulus Fabius". En Italia el apellido se tomó del nombre del padre: Giovanni di Pietro; o del padre y del abuelo: Giovanni d'Alberto di Pietro, y aún de más arriba, del bisabuelo. Perdiendo el "de", "di" o "d'" se adjetivaron y hasta tomaron el femenino, como en España: Alberta, para las mujeres, por ejemplo. "Fi", "firi", "fili", y "figio", se anteponen a veces, al modo del "Fitz" de Escocia (derivado del "fils" francés) por figlio, filius, hijo: Filangieri, Figliomarini.

Mientras que los españoles recurrieron al "de" para la vinculación locativa de feudo, solar o sitio de procedencia, nobiliario o especificativo meramente, los franceses lo utiliza-

ron como relación patronímica, con elipsis: M. de Pascal corresponde a, v.gr., M. Blas fils de Pascal. Cuando los turcos emprendieron su reforma onomástica conservaron el "ras" para los patronímicos también, y con tal acepción dicen, por ejemplo: Ras Mustafá, o sea: El descendiente de Mustafá. En el griego contemporáneo se añade con frecuencia el enclítico "poulos" o "pulos", como en Theotocopoulos, real apellido del Greco, y en Argyropulo, el célebre humanista bizantino. El frecuente enclítico "ling" de los alemanes declara asimismo posesión o pertenencia.

En otras ocasiones toman "casa", cual se ve en Casassi (Casa degli Azzi), que recuerda la evolución onomatológica irlandesa del "of" (de) inglés: O'Connell, O'Higgins. "Eschi" indica descendencia y continuador o partidario: Brunelleschi, como el "escu" rumano: Antonescu; "esi" y "ensi": Carbonesi, Cortesi, Barbensi, son clásicos; "glia", abundancial: Boscaglia; "anza", colectivo: Bertanza; Buonarroti corresponde al plural de Buonarrota; Alfieri, que traduce "portae-standarte", recuerda nuestro Alférez; Garofalo, que es "grande apuesta", Zola, "Jarro", etc., siguen otros cauces, por fuera de los genitivos y diminutivos, más frecuentes. Así los derivados del "engo", "ingo", "ing" germano, que se encubre, v.gr., en Mussolini.

Los franceses frecuentan la desinencia "ard", "u", y "et" para los apodos: Testard, Testu, Capet; "er", "ier" y "and", para los oficios: Vacher, Bouvier, Marchand; "eau", "on" y "ot", para los hipocorísticos: Mercereau, Merceron, Mercerot; "et", "ot", "in", para los diminutivos: Grelet, Petitot, Courtin. En común con España, Italia, Portugal y otros países, recibió de los godos varios componentes patronímicos, por el estilo de "mund": protección (Ramón, Raymond, Raimundo); de "bert": lucimiento o brillo (Flaubert, Berta, Alberto); de "nand": abundancia (Ferdinand, Fernando); de "fride" o "fridu": paz (Sigfried, Federico, Manfredo), grandemente disimilados a veces, como en Joffre, que proviene de Wilfrid, o sea "paz del bosque"...

Los escoceses tomaron su "Mac" (hijo) del gaélico, y los ingleses "son", alemanes "sohn", daneses "sen" —sánscrito "sunus", hijo también— del indoeuropeo: Macbeth, MacKinley, Johnson (o Johns en abreviatura), Mendelssohn, Michelsen, como prefijos o sufijos respectivamente, según la índole de las lenguas a que corresponden. (En Johnston ocurre otro fenómeno de abreviación, muy aparte de los anteriores,

puesto que probablemente significa "John's Town", o sea, "Ciudad de John", en que la s. representa el genitivo anglosajón "es", aglutinado y contracto).

Los idiomas eslavos poseen "vich", "wich", "vitch" y "vitz": Peróvich, Petrówich, Zarévitz, parientes del polaco "ski" ("ska" para el femenino, Sobieski, Wachowska), que aparece en Dostoiowski y en la grafía original de Nietzsche, germanizado luégo: el ruso forma también femeninos en "a": Karenin-Karenina, pero Tolstoy, que significa "grueso", hace Tolstaia, no "Tolstoya", como algunos dicen, para diferenciar la aplicación apelativa. Más frecuente es la terminación "of" u "ov", que muchos escriben exageradamente "off", "ow": Pávlov, Románof, hijo de Pablo, hijo de Román. Usan asimismo "ef", "ev", cual ocurre en Mendeléief o Mendeléiev. Distinguen: Petrova, hija de Pedro (a la antigua usanza española, italiana y provenzal: Pacheca, de Pacheco; Gioconda, de Giocondo; Martine, de Martin), pero Petrowna, una hija cualquiera de un Pedro. Esto ocurrió también en latín, al tenor de Drusila, de Drusus: Junia Delicata, Julia Agripina, etc., y antiguamente en lengua d'oc, cual se colige de "Fabressa", forma femenina de Fabre. El "ich" que llevan ciertos apellidos de Istria es igualmente patronímico: Alessich, por ejemplo.

Aquí conviene recordar que latín y griego adoptaron, además de lo dicho antes, las desinencias adjetivas: Antoninus (de la gens Antonia), Pelíades o Peleides (de la estirpe de Peleo): Atridas, Lapidas, Heraclides. El enclítico "kles" (renombre) alterna con éstas: Aristocles, hijo de Ariston, Heraclides o Hércules, prestigio de Hera (o, quizás mejor, del héroe)...

En semítico tenemos "Bar", "Ben", "Iben": Bar Abas (o Barrabás), Ben-Joseph, Ibn Saud, que descubrimos en los castellanizados Benjumea, Vanegas o Venegas y Benavides (o sea Ben-David), etc., todos significativos de filiación, ya que "ben" es la transformación del arcaico "hebel", hijo, que en Mesopotamia se dio como "habal": Sardanapalo: Assurbani-pal: Assur-ban-habal: hijo de Assur.

El vascuence toma la terminación "ena" para el patronímico, según se advierte en Loperena, Martirena, Michele-na, etc.

En lenguas americanas se confirman estos procesos de derivación, con prenombre (praenomen), apellido (nomen) y cognomento (cognomen) de tribu: Araucano: Incaguere-lenco: Incan (auxilio), nombre; guru (zorro), familia; lonco

(cabeza), linaje. (Estas conjunciones de gentilicio, oficio y apodo vense juntos en casos como el que cita Albert Dauzat de un Guillaume le Normant, Pie de Ours, buffetier) . . .

La adjetividad de los apellidos se manifiesta aún más evidente en los que admiran o denuestan, principiando por los colores, cuya gama casi íntegra reproducen: Blanco, Bazo, Negro, Grana, Gris, Amarillo, Verde, Rojo, Rosillo, Rosado, Morado, Pintado, Ruano, Rufo, Rubio, Pinto, Morcillo, Cárdenas; o la copiosa serie de los denigrativos: Artero, Bajonero, Espantoso, Farto, Gestas, Homicida, Ladrón, Lucifer, Rostro de puerco, Urdemalas, Trabuco . . . Y aunque morfológicamente substantivos, son también alcuño o remoquete los derivados del cuerpo, según se colige de Cabeza, Copete, Cabello, Ceja, Costilla, Perilla, Canillas, Cuello, Chueca, Barriga, Carrillo, Lengua, Muelas, Ojos, Dientes, Orejas, Garganta, Busto, Vientre, Piernas, Manotas, Calcaño, Uñas, Hueso; y los de vestuario, como Abarca, Albero, Botines, Calzas, Camisón, Capote, Chapín, Ferreruelo, Mangas, Mantilla, Pelliza, Sayal, Servilleta, Sotana, Tejido, Toca, Tacón, Zamarra y Yelmo.

Ni otra cosa puede pensarse de los que se revisten de substantividad en abstracto, a modo de Alegría, Amores, Antigüedad, Gracia, Mesura, Ocasiones, Pobreza, Razón, Valor, Vida y Verdad . . .

A buen seguro los apellidos recogen cuanto existe en la naturaleza animal, vegetal y mineral, desde "Yaya, Nigua, Pulga y Mosca, hasta Vaca, Ternero, Mula y Caballo; desde Seta, Cebolla, Lama y Fique, Trigo, Maíz, Quinoa y Yuyo, hasta Encina, Roble y Laurel; de Arena y Piedras, a Luna, Sol, Estrella y Orbe.

Todo lo que compone la habitación, como Casas, Chozas, Iglesias, Alcázar y Palacios; Muros, Paredes, Puerta, Sala y Corredor; los cultivos: Huertas, Jardín, Cañaveras, Rosales y Vides; o la naturaleza física: Ríos, Lagos y Arroyos; Praderas, Morros, Cuencas y Cañadas; Alcores y Colina; Vergel, Selva y Bosques; Valles y Lomas, etc., con profusión inextinguible.

En materia de toponimia, por gentilicios o directamente, Castilla y Castellanos, Francia y Francés, Bogotá, Sopó, Medellín, Fagua, Usme, v.gr., hay para miles; y en achaque de empleos, oficios y profesiones, cuantos tiene la industria humana, de Alguacil a Príncipe; de Alcalde a Rey, de Tahir (o tahir) a Obispo, de Ladrón a Monje, de Marrero a

Orive y Letrado, de Siervo a Mariscal, Doctor y Duque . . . Diablo y Dios inclusive, en lista de millares, aún creciente.

De lo que se deduce que está en lo justo nuestra gente cuando al apodarar llama poner sobrenombres, y que lo estuvieron los antiguos al derivar de alcuña o alcuño (mote) la "alcurnia" que todavía rige por renombre y linaje. Tampoco no desdican de sus esencias aquellos apellidos éuscaros descriptivos, de la laya del trabalenguas "Sillorrutugastañazagogeasca", que más parecen la monografía de una comarca exótica aglutinada en una voz que el humilde nombre familiar de un mercader vasco.

Cuanto a la atribución matrimonial de los apellidos, el uso varía de pueblo a pueblo: en español decimos Eva de Adámez, simplemente, o Eva Costilla de Adámez, o la señora de Adámez, como los ingleses en Mrs. Smith (o Mrs. Eva Adámez Smith), los alemanes Frau Schmidt, pero los franceses Madame Jean Aimé Bonhomme, todo junto. Nuestros abuelos se cuidaban poco de estas minucias y a la señora de Sancho le decían buenamente Tereza Panza, así fuera otro que no Panza su padre, y por lo que hace a prole, escogían a su amaño el de uno u otro de sus progenitores, y aun de sus abuelos y hasta de su propia invención. El femenino de los apellidos aparece en "La Camacha", "La Escalanta", etc.: Mari-Castaña fue probablemente doña María de Castaño.

Los norteamericanos, que como los antioqueños añaden a su nombre un bejucal de iniciales incomprensibles, a semejanza de John A. B. C. Smith y J. de J. Restrepo, acostumbra también llevar por nombre de pila el apellido de sus preferencias, conforme lo ejemplifican Franklin D. Roosevelt y D. Roosevelt Franklin, de ocurrencia verosímil. Nosotros los de estirpe ibérica juntamos el materno al paterno, a veces ligándolos con la "y" conjuntiva: "Ortega y Gasset", para distinguirlos de los unitariamente compuestos "Garcilaso de la Vega", v.gr., muy copiosos; y los lusitanos de allende y aquende el océano, extreman esta nomenclatura hasta lindes de deliciosa amenidad. Tanto portugueses como castellanos producen en ocasiones curiosos entreveramientos con los apellidos de nombre propio, ya que podría darse un Arturo Roberto al lado de un Roberto Arturo, un Félix Custodio, cerca de un Custodio Félix, vamos al decir.

NO SE JUZGUE sin embargo apresuradamente que el nominativo de casta fue siempre usual, antes circunstancial o adventicio, como ya dije, ni tampoco estable en las familias, porque la fijeza suya es muy reciente: En España comenzose a generalizarlos en el siglo IX, en Venecia, en el siglo X, en Francia, del siglo XIII al XV... Rusia apenas los define después de la liberación de los siervos en 1861, y en Turquía sólo de 1920 acá (revolución de Kemal el Attaturk). Durante toda la Edad Media existió grave desorden en este asunto, pues, o se variaba de ellos caprichosamente, o no se tenían, cual ocurrió lo más a menudo entre judíos, a quienes hubo que obligar en casi toda Europa a tomarlos de improviso: En España durante la época del Renacimiento, con nombres del Santoral católico de preferencia; en Francia hacia 1803, y coercitivamente ya en 1808, por el decreto napoleónico del 20 de julio, y aun fijándoles para su denominación los correspondientes a ciudades, cuando no tenían algún distintivo tradicional asimilable. Igual proceso ocurrió en Alemania por entonces.

A su fijación contribuyeron mucho los cánones del Concilio de Trento, que obligan a llevar registros parroquiales, y las ordenanzas de algunos reyes, como las de Francisco I y Enrique II en Francia, atañederas a este asunto. De ahí que poco a poco se hiciesen bien patrimonial pro indiviso que requiere intervención de notario para su abrogación o cambio. Ya la ley romana garantizaba dicha propiedad, dejando empero libres a quienes la poseían de mudar su nombre cuando lo tuviesen a bien con discretas razones públicas o personales.

Interesante es asimismo la evolución del "de", tenido hoy por signo de prosapia ilustre. En Francia lo adoptaron los señores feudales desde el siglo X, como rúbrica de dominio o casa solariega, y de allí pasó a España por Navarra y Aragón, dos siglos adelante, puesto que en el XIII se le topa por acá muy generalizado. No dejan algunos de pensar que en este último país se usó inicialmente como distintivo de bastardía o vínculo de filiación confusa. En todo caso, pronto pasó del empleo solariego al de mera procedencia regional, y únicamente cuando ya ennoblecido por el hábito primigenio cobró prestigio, fue llevado a trochemoche por doquiera.

De estas ironías de fortuna adoleció también el célebre "don" que usan los iberos de una y otra ribera del mar Atlántico, pues comenzó muy humildemente por anteponerse a los

nombres de los judíos, moros y frailes, para ir trepándose luego a los copos de la aristocracia y realeza, y al fin habilitarse ineludible tratamiento vocativo de cortesía social para grandes y pequeños, para pecheros y blasonados, conforme novísimamente ocurre.

Mas si griegos y romanos tuvieron apellido, y aun apellido y cognomento, ¿cómo fue el eclipsarse dicho nombre durante casi toda la Edad Media?

Aquí de la religión:

El ingenio fecundo de San Pablo había predicado alegóricamente el advenimiento del "hombre nuevo" en Cristo, para abominar de todo a todo la pecaminosa índole pagana, y sus neófitos de las Catatumbas no se quedaron ni con mucho zagueros, que pues desecharon hasta los apelativos de la vieja calaña, y se llamaron con sólo el nombre propio o "praenomen", y aun éste en ocasiones trocado en el bautismo, como adelante lo hicieron algunos bárbaros al latinizar sus ideas y costumbres: el mismísimo Justiniano, padre putativo del Derecho, llamábase propiamente Uprauda, como quien dice, "el justiciero", en su idioma eslavo, o el "Justicialista" en la confusa invención de quienes por ahí corren también hazaña de triunfos.

Centurias después el crecimiento demográfico, las conveniencias del fisco, las necesidades de la "conscripción" o quinta militar (como en el caso de Napoleón) y los conflictos de consanguinidad o parentesco que incumben a la iglesia fueron suscitando la reasunción del apellido en Europa: Inicióse ello en el centro de Italia, allá por el ochocientos, avanzó a Venecia por el norte, a Provenza y España al occidente, a toda Francia en el siglo XIII, a Suiza en el XVII, a Alsacia en el XVIII, et sic de caeteris, hasta cuajar hace poco en Turquía, como antes dije.

El proceso no fue demóticamente uniforme, pues se movió de la aristocracia a la burguesía, de la burguesía a la plebe, de los palacios y castillos a la ciudad, y de ésta, en fin, a aldeas y campos.

* * *

LA ONOMATOLOGÍA pertenece a los vastos dominios de la incertidumbre. El significado genuino de casi todo nombre constituye rompecabezas para gramáticos y etimólogos a la vez, y los aficionados nos vemos en el duro

trance de acogernos a la mayor probabilidad o a la mera aproximación interpretativa. El origen caótico de las raíces, que ora se atribuye a un idioma dado, ora a su vecino geográficamente, o al de más allá, remoto en espacio y tiempo a la vez, cual ocurre en el caso de María, "señora", "princesa", "gallarda", etc., según se mire al hebreo, al arameo o al egipcio; el de Inés, que conforme a etimología latina corresponde a "cordera", y a "pura" si la derivamos del griego. La interpretación siríaca de Afrodita es tremendamente diversa de la graciosa que popularizó Hesíodo; entre Zeus, "rufián" o "bandolero", de vínculo asiático, y Zeus, "lumbre", de estirpe indoeuropea, hay un abismo; de Harum (grafía árabe de Aarón) "montañés", a Harum, "el que enseña", va largo trecho; en César, "nacido quirúrgicamente", nada hallamos del César "jefe", de la tradicional progenie Julia, o de "cecius", zarco. ¿Ni cómo desembrollarnos en relación con Jehová, Yhwh-adhonay = Adonái, con hibridación onomástica: Señor; o Iahweh = Ehyeh = Ahyah = Hayah = Jhwh: "El que es" de suyo (sibipsi sufficiens), según lo admiten los escriturarios; o Ya = Yah = Yahou = Yowah, mera exclamación admirativa? Eva "madre" y Eva "serpiente", no podrán avenirse nunca...

A esto se añade la estupenda intrincación que aportan las mutaciones literales y metaplasmos: por elipsis contractiva (al principio, aféresis; al fin, síncope; haplogía, en general), o por adición (enmedio, anaptixis, epéntesis), o por metátesis (transferencia o cambio de sitio); por asimilación, en fin, o disimilación de fonemas... ¿De dónde nos vino Zoroastro (o Zarathustra, como Nietzsche, muy correctamente, patrocinó), si de "camello", "El camello dorado", por viador y mensajero, o de "Áurea estrella", simbólicamente dicho por la estrella-guía de los pastores? De mi breve nombre "Luis", inicialmente "Hluthavig o Hlogvig", en antiguo alemán, yo no sabría adherir con certeza a la explicación "guerrero preclaro" o a la de "baluarte (castillo) del pueblo", pues la presencia o ausencia de una letra, por elisión o por añadidura, su cambio de sitio, en fin, o su trueque por otra, nos confunden. Ejemplos: de Rodericus, sincopándose, resultó Rodrigo; de Karl, acreciéndose, Carolus y Carlos; de Catarina, mudando el sonido "r", Catalina; de Elagábalo (Elegabal: Dios creador), trastrocando literal y conceptualmente el nombre, surgió Heliogábalo (Sol-Dios). No pocas veces en un mismo caso concurren sintéticamente todos estos fenómenos, como en el

precitado Luis: Hlod, gloria; vig, baluarte = Hlodvig = Hluthavig = Clovis = Clodoveo = Clodovicus = Ludovicus = Lozoic = Aloitos = Aloisius = Eloísa o Elvise = Luis; o en el suceso más extremado de Dyaus, Dyauspita = Diespiter = Juppiter = Djovis = Theos = Deus = Jove, en que sólo perdura vaga similitud fonética a lo largo del proceso que va de Div, el semantema original indoeuropeo, a Dios y Diablo, que en parte lo recobran, y que más nítidamente perdura en "divinidad", "divinitas", "divino"...

Con no menos ardua tarea apechamos en punto de ortografía, ya que siendo el apellido patrimonio familiar, su escritura y uso son de la libre incumbencia de sus poseedores, y así en todas las lenguas ocurren en este asunto discrepancias casi inverosímiles: Escribimos Victoria, pero el Padre Vitoria; Liévano, aunque de Liébana; Meza, no embargante el legítimo Mesa, Caicedo o Cayzedo, Señal o Ceñal, y Córdova de la ciudad que en español, en latín y probablemente en fenicio llevó b. larga etimológica, como de Baal y Anibal (Baal, "señor"; Hannibal, "favor de Dios"). Por cierto que jugando del vocablo, este radical nos descubre graciosas travesuras del sentimiento patrio: Belcebú, nuestro diablo jefe, que era Baalzebul, "señor de la Alta Casa" —como quien dice el Cielo— fue denaturalizado por los judíos en Baalzebub, "señor de las moscas", sin parar mientes en que ellos mismos lo adoraron algunas ocasiones y aun llegaron hasta substituir por Baal el nombre de Yahweh, con que Dios y Diablo, como en "deva", "daimon", y Júpiter, se ven asociados fraternalmente en ese remoto "div" o sea "luz", de su matriz etimológica indoeuropea, que ya aduje.

De uno a otro idioma, de una a otra región las variaciones fonéticas y la apócope literal sorprenden al más alerta: nuestro apellido Durán, francés Durand o Durant, italiano Durante o Duranti (de Durandus, "el que sufre") se hizo Dante, nombre propio; del viejo gótico Hruodland (gloria de la patria), hubimos el francés Roland, el español Roldán y el italiano Orlando, a cual más ilustre; de San Emeterio (nuestro guardián), sacaron los astures el Santander que nosotros tenemos; de San Pedro nos traen los aragoneses nuestro Sampedro y su Sempere, hartos conocidos; Santa Eulalia pasó a ser el Olalla de los conquistadores y el Olaya de hoy día; a San Fagundo, con estación en San Fagunt, le hicimos Sahagún al fin y al cabo. Los españoles concentraron a Egidio en "Gil", nombre y apellido a un mismo tiempo, pero los franceses les ga-

naron la partida mutilando y dislocando el agosto (Augustus) del calendario hasta dejarlo en la mera u. de su Août actual.

* * *

REMIRO atrás y me detengo: el breve exordio que proyecté para que no parecieran obrepticias mis opiniones rebasa los límites de la discreción, y ya no preámbulo o sucinta isagoge me resulta, sino ensayo. Perdóneme el lector y que Dios prospere su paciencia por unas cuantas líneas adelante.

Unas cuantas líneas para decirle, en conclusión y suma de propósitos, que los apellidos no son ya términos adjetivales o adjetivados como en su origen, sino denominativos de misión aparte y nueva significación. Nombres propios de familia que si antes calificaban —como cumple al adjetivo gramatical— ahora representan el sujeto, conforme a la esencia del sustantivo. Si de cuando en cuando cobran género femenino o veleidades de adjetividad, es por resabios de su vieja costumbre o graciosa connotación efímera.

Cuanto a que se puedan usar en singular con sujeto plural, no cabe duda, a mi juicio:

Desde luego, la claridad, suprema ley del lenguaje, así lo exige en los apellidos de doble número como Calle y Calles, Plaza y Plazas, Rey y Reyes, etc.

En los terminados en s., x. y z., de aparente pluralismo, la eufonía exige el singular, porque sería insoportable al oído decir los Meneseses (por Meneses), los Pertinaxes (de Pértinax), los Palafoxes (de Palafox), los Sances (de Sanz).

Para evitar tautologías insolubles, los compuestos retienen asimismo su forma, ya que no sabría uno cómo pluralizar a Cabeza de Vaca, valga el punto, o a Primo de Rivera, o a de la Riva Agüero, etc., pues decir "Cabezas de Vaca" o "Primos de Rivera", conforme ilustres gramáticos admiten, resulta asaz confuso y ciertamente cacofónico. En otra especie de composición suele pluralizarse el último, a semejanza de los "Olaya Herreras", pongo el caso. Pero, ¿cómo no decir, v.gr., "los Facio Lince"?

De ahí, *pari modo*, que los topónimos con "de" prepositiva sigan este precepto, y queden invariables, cual lo manifiestan de Aguirre, de Leiva, de Restrepo, aun eliminando la preposición, como en Casa Valencia.

Los patronímicos de nombre propio convienen mejor en singular, según la prueba de los Arturo, los Pascual, los Roberto y los Vicente.

Conceptúo que también ocurre así en las combinaciones patro-matronímicas, con y. conjuntiva o sin ella, a saber: los Murillo Toro, los Toro y Gisbert, los Pi y Margall, los Menéndez Pelayo.

En algunos casos el buen gusto resistiría al empleo del plural, como en Godoy, Gual, Pey, Paul y en los extranjeros naturalizados, que no se aviene con nuestra fonética castiza el decir, v.gr., los Cockes, los Eastmanes, los Amates, los Girardotes... como sería horripilante en general con casi todos los foráneos: ¿Quién soportaría los Ronsardes, los Pittes, los Boppes? Ni aun con solo la "s" que la Academia admite: los Koppes, los Mac Allisters, por ejemplo...

Evidencian la dejación de su carácter adjetivo inicial hechos tan comunes como la asociación de varios nombres propios con apellido en singular, a la manera de Angel y Rufino J. Cuervo, cuando sería inadmisibles, en adjetividad perfecta, decir Angel y Rufino J. letrado, y no letrados, y los morfemas o desinencias que toman familiarmente, La Cuervito, La Carito, vamos al decir, y hasta La Gutierritos, regresando al patronímico Gutierre, con s. de contaminación que le impone la z., levemente disimilada, de Gutiérrez. Así La Gonzalitos, La Lopitos, etc.

Luego —consejándome con la utilidad y la experiencia, tímidamente acicaladas de glotología elemental— deduzco de lo anterior que costumbre, eufonía, claridad de entendimiento y elegancia de estilo imponen tantas excepciones a la norma de la pluralidad de los apellidos, que de tal no nos va quedando consistencia, antes incertidumbre, y así, propongo dejar este negocio a la discreción y habilidad de la gente, *ad libitum* de sus necesidades y buen concierto, sin ladearnos al otro ángulo de la absoluta singularidad, que en muchos casos pudiera parecer alfeñicada o retórica.